

17 GRISES. ENTREVISTA CON MAXIMILIANO CRESPI Y GUILLERMO GOICOCHEA

Gisela Noelia Fabbian*
UNSAM, Argentina

Más allá de las grandes empresas editoriales multinacionales que acaparan el mercado del libro y de la rápida expansión y buen posicionamiento de los nuevos formatos digitales, es notable el surgimiento en la Argentina de pequeñas editoriales, como Entropía, Tamarisco, Pánico el Pánico, Interzona, El Suri Porfiado, La Bestia Equilátera, por mencionar sólo algunas, que apuestan a la publicación de escritores, poetas e intelectuales jóvenes no reconocidos por el canon.

En funcionamiento desde el año 2007, 17 grises forma parte de esta lista. Enfocada específicamente en la publicación de ensayo y narrativa, esta casa de ediciones considera fundamental la puesta en valor del pensamiento nacional, la literatura y la publicación de resultados producto de investigaciones en el ámbito de las ciencias humanas.

Este posicionamiento se advierte en las colecciones que configuran su catálogo: “Literal / Imaginaria”, “Literal / Texturas”, “Lindante / Materiales”, “Lindante / Ensayos críticos”, “Lindante / Tesis”, “Deslinde / Nuevas tecnologías”; pero más que nada en los veinte títulos que ya lleva editados. Con un pie en Buenos Aires y otro en el sur de país, en la ciudad de Bahía Blanca, 17grises

se ha apartado del centro hegemónico cultural, Buenos Aires, a la vez que coloca en la escena cultural argentina la producción de escritores y narradores del mal llamado *interior del país*.

Más que una empresa editorial, 17 grises debe entenderse como un proyecto cultural. Además de sus publicaciones, organiza jornadas, conferencias y presentaciones en centros culturales y dentro del ámbito académico. Su propuesta más significativa fue la llevada a cabo en el marco de los festejos por el Bicentenario de la Revolución de Mayo: “Bahía piensa el Bicentenario”. Este proyecto consistió en la publicación de una serie de doce títulos, integrada por la reedición crítica de obras de importantes pensadores nacionales que dejaron su impronta desde, y en, la ciudad de Bahía Blanca, como Eduardo Mallea, Héctor Ciocchini, Ezequiel Martínez Estrada, Roberto J. Pairó, Enrique Banchs, Jaime Rest, Vicente Fatone, junto con la difusión de obras de jóvenes bahienses exponentes del campo cultural, como Sergio Raimondi, Marcelo Díaz, Omar Chauvié, Mario Ortíz y Sonia Budassi.

Los directores de 17grises, Maximiliano Crespi¹ y Guillermo Goicochea,²

1 Licenciado en letras, escritor e investigador-becario de Conicet.

2 Licenciado en filosofía, docente de la carrera

Recibido: 8-junio-2011
Aprobado: 26-julio-2011

* Licenciada en filosofía por la Universidad Nacional del Sur, Argentina. Estudiante del doctorado en filosofía en la Universidad Nacional de General San Martín, Argentina. Investigadora en el programa de estudios de filosofía del arte que se desarrolla en el Centro de Investigaciones Filosóficas (unidad asociada a Conicet, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

responden algunas preguntas breves gracias a las cuales quedan bosquejados los postulados básicos de este proyecto y sus implicancias en el campo cultural y educativo.

¿Cuál fue el motivo que los impulsó a crear una editorial?

M.C: En el origen de 17grises hubo a la vez un deseo y una demanda: se necesitaba un proyecto cultural y editorial independiente pero serio en el sur del país y nosotros teníamos ganas de llevarlo adelante. Ciertamente no pensábamos que en el lapso de tres años iba a crecer de la manera como lo ha hecho, y eso es lo que nos hace pensar que efectivamente había una demanda por parte del campo cultural que bien o mal tratamos de satisfacer. Empezamos con tres títulos de autores jóvenes y hoy ya tenemos más de veinte. Comenzamos como un proyecto local con sede exclusiva en Bahía Blanca, y ahora operamos también en Buenos Aires, además de que poco a poco nos hemos ido proyectando a todo el país con presencia en La Plata, Rosario y Córdoba, y ya entramos en un circuito de distribución latinoamericano que hará que los textos de 17grises puedan conseguirse en ciudades como Santiago de Chile, Montevideo, Caracas, Bogotá, La Paz, Lima, Brasilia, San Pablo y el propio México, Distrito Federal.

¿Cuáles son los principales postulados de la editorial que marcan

de Filosofía de la Universidad Nacional del Sur y subdirector del Instituto Cultural del Gobierno de la ciudad de Bahía Blanca.

su posicionamiento dentro del campo editorial argentino?

M.C: El posicionamiento responde a la lógica con que se rige el campo. Somos una editorial pequeña y no comercial; lo que de algún modo funciona como un arma de doble filo. Trabajamos tratando de prestigiar el catálogo (editamos relativamente poco material, pero éste es muy selecto), y a la vez nuestro espacio de distribución no deja de funcionar de un modo lateral respecto de los productos más estandarizados del mercado editorial. Son las reglas del juego. No buscamos ser una editorial masiva. No trabajamos para ello. Para abastecer esa demanda hay ya una gran cantidad de empresas de edición. Nosotros somos editores de catálogo. Trabajamos para espacios y públicos con un mínimo de competencia literaria, filosófica, psicoanalítica y humanística en general. Actualmente tenemos cinco colecciones funcionando y una política editorial anual razonable para los años que vienen. No nos desesperamos si un libro no se vende bien de inmediato; al



contrario, diría que nos genera un poco de sorpresa el interés del público por el material específico que publicamos. De todos modos, no podemos quejarnos: desde el punto de vista editorial general y de cada libro en particular, hemos tenido una recepción muy buena por parte del circuito cultural general (desde suplementos culturales y periodísticos hasta revistas especializadas).

¿Cuál es el lugar y el nivel de la investigación filosófica en la Universidad Nacional del Sur donde ejerce la docencia?

G.G: El lugar que se da a la investigación en las universidades nacionales ha pasado a ser una especie de zona de preciosismo y, paradójicamente, un lugar que parece tener que ocuparse a toda costa de lo que sea, sin importar relevancia, temática o un claro para qué.

Creo que debemos asumir que se investiga de todo (y al mismo nivel) y que esta señal nos debe poner alerta de que no todo vale lo mismo y que democratizar la investigación no es desvalorizarla y, menos aún, despolitizarla. Si bien desde hace algunos años el Estado nacional apoya y promueve el desarrollo de la investigación, que se había visto prácticamente desbastada por políticas previas, al mismo tiempo no existen en las humanidades ejes claros ni pautas políticas de investigación definidas, y la universidad, como un microestado, reproduce esta ausencia. Sus investigadores tratan de sobrevivir a cualquier costo, hasta el de poner en riesgo su propia carrera en temas inverosímiles, en detalles mínimos

encontrados en algún autor canónico, en un exhaustivo y triste trabajo filológico en varias lenguas, en un juego de sálvese quien pueda en este sistema de producción a destajo: se produce, sólo se produce, y cualquier cosa.

Este diagnóstico no compete únicamente a los investigadores, ya que la estructura sistemática en la que están insertos no puede detenerse, y menos para pensar. Pero gran parte de la responsabilidad es de ellos al no tratar de hacer los microcambios necesarios, al no levantar la voz en los congresos (cada vez más onerosos y que, como espacios de puesta en común y discusión del saber, deberían denunciar esta situación, tratando de buscar alguna salida, en vez de convertirse en espacios de la cháchara académica). Los docentes no forman ni integran a los alumnos en sus proyectos de investigación, y sólo convocan a aquellos que puedan serles útiles en el desarrollo de su tesis de doctorado o trabajos de largo aliento (libros, clases, seminarios, etc.). La investigación ha devenido un estándar más en el mercado académico, un ítem que hay que marcar en alguna planilla para poder acceder a los beneficios económicos que ofrecerán las instituciones “académicas serias”, un jurado, un tesista prometedor o un buen posgrado.

Ya no se investiga con referencia a un marco de construcción de una política cultural, de un modo de pensarnos como subjetividades en construcción, o de una planificación de largo aliento que involucre a todos los actores de la educación pública. Se investiga para cumplir, para poder persistir en los cargos, por obligación, para ganar

prestigio o dinero extra. El mercado y su perversión han hecho de la investigación en nuestras universidades lo mismo que hace un virus cuando infecta un organismo: replicarse para degenerar en huésped. Hemos dejado entrar el virus modélico de las reglas impuestas por políticas extranjeras, de regulaciones neoliberales aplicadas a las “*ciencias sociales*”, a las que debemos llamar así para darles estatus epistémico, porque decir “humanidades” sería caer en el desprestigio.

No soy un agorero del nihilismo, ni tampoco un reaccionario melancólico y nostálgico de un tiempo pasado mejor. Pero veo año con año en mi trabajo de docencia cómo se va perdiendo el “oficio”, tanto del docente que guía, que enseña a rebelarse, que señala otros horizontes, que se prepara para tan importante tarea, que se nutre del diálogo y la discusión, como del alumno que ya no se toma su formación en serio, que no “trabaja” de alumno, que sólo pasa por la universidad sin que ésta lo atraviese, que viene a buscar solamente un cartón (diploma, le dicen) que lo habilitará para... seguir reproduciendo y replicando el virus, cuya cepa ha evolucionado y se hace cada vez más fuerte.

Existen las honrosas excepciones, desde luego que las hay; y es por estos alumnos y docentes que se puede seguir, que se intenta hacer un desplazamiento, una ruptura, una grieta que, por pequeña que sea, no se podrá calcular sobre ella la potencia de desmontaje que pueda ejercer. Con un alumno, con un docente que se sustraiga a estas políticas mercantiles de la investigación como producción de cualquier cosa, es

suficiente para vislumbrar un mañana mejor.

Se trata de investigar de otra manera, y la seriedad pasará por la efectividad de lo desarrollado en ese trabajo asumido desde la libertad de pensamiento, el respeto y las necesidades de provocar cambios. Por eso, mañana, mañana será mejor.

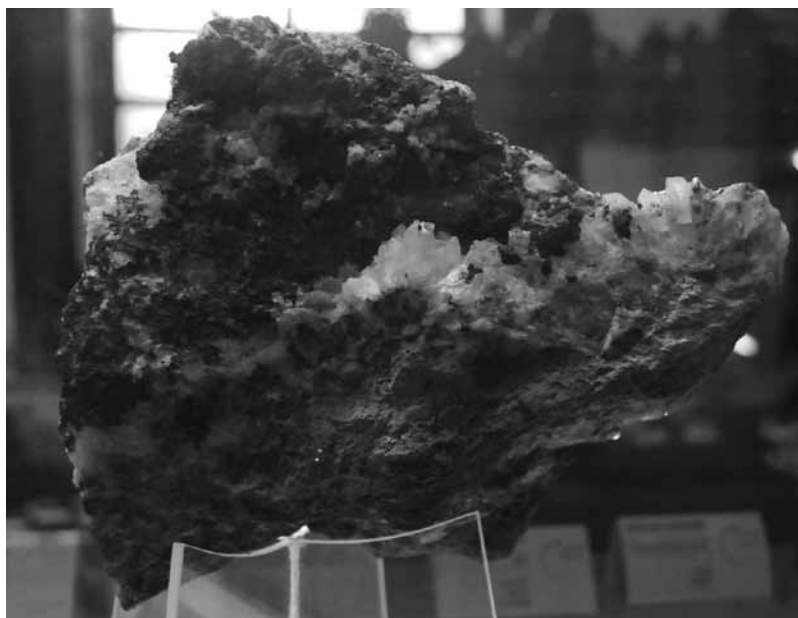
Como editorial, ¿cuál es para ustedes la importancia de publicar tesis?

G.G: En relación directa con la respuesta anterior, como editorial se nos planteó el problema de las tesis, como paso previo para que los estudiantes se gradúen. La exigencia administrativa es que cada tesista debe entregar una copia de su investigación a la biblioteca del Departamento, pero aquélla dormirá el sueño de los justos en algún estante de una estantería. Viendo el trabajo personal que les exigía a mis tesis elaborarla, y creyendo firmemente en el valor de ese trabajo de investigación, en sus posibilidades de generar cambios, en la interpelación que abrían, en los



interrogantes que planteaban para seguir discutiendo las formas naturalizadas del pensamiento académico, nos pareció una buena tarea y una jugada desde lo político (editorial) apostar por el trabajo de un *ilustre desconocido* que alza su voz para hacer un llamado de atención crítico sobre nuestras propias prácticas. De ahí surgió la publicación de aquellas tesinas que no respondieran al modelo de repetición, de erudición sin sentido, de extravagancias idiomáticas o de mero alarde de conocimiento íntimo de un autor, sin la posibilidad de hacer una interpelación en-presente que nos pueda ayudar a dar una respuesta diferente a lo que nos pasa, aquí-y-ahora, o sin la incitación a pensar. Las tesinas que no cumplen este requisito las dejamos en los estantes.

Como política editorial seguimos apostando, no por el futuro (que todavía no es), sino por el presente que tenemos a mano, que nos rodea, que



nos interpela y nos pone en riesgo, en riesgo de pensarnos a nosotros mismos en nuestras actividades. Por esta razón seguimos apostando y tomando riesgos —contra el mercado editorial de los autores famosos y reconocidos— por los tesistas, por los jóvenes pensadores de hoy, no de mañana.

“Las piedras, ecos de
animales lejanos, se
levantan como pluma”.

Carlos Pellicer.
Paseo sin pie.
Catálogo de la obra de
Remedios Varo (1963).